

enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la unción de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. ¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulación santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podeis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazón; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí, no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir, no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios, que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raíz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza, que nunca se acabará. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FELICIDAD.—Nacemos para ser felices, aún cuando naciéremos en la mayor miseria.

Renacemos para la felicidad, aún cuando renaciéremos por la penitencia.

Debemos temer que perdamos la felicidad, aún cuando naciéremos y renaciéremos para la felicidad.

FELICIDAD.—El tiempo de nuestra felicidad en este mundo es el tiempo de nuestra infancia luego de haber sido bautizados, porque aún no nos atormentan inclinaciones desordenadas.

El lugar de nuestra felicidad en esta vida es la soledad que nos aparta del tumulto del siglo, porque nos pone á cubierto de la persecución de nuestros mayores enemigos.

La causa de nuestra felicidad en este lugar de miseria es la rectitud de nuestra conciencia, porque nos libra de las desazones que pueden más fácilmente alterar nuestra tranquilidad.

FELICIDAD DE LOS HOMBRES.—Los hombres que buscan su felicidad en las criaturas, demuestran la obcecación de su corazón.

Los hombres nunca son más ciegos en procurar su felicidad, que cuando la encuentran en lo que los hace desgraciados.

FELICIDAD DE LOS MUNDANOS.—Los mundanos toman la figura de la felicidad por la felicidad misma.

Los mundanos se figuran que pueden encontrar su felicidad, haciendo desgraciados á los demás.

Los mundanos cifran su supremo bien en dar desahogo libre á sus pasiones.

FELICIDAD; véase: BIENAVENTURANZA;—CIELO;—GLORIA.

FERRO-CARRILES; véase: BENDICION DE UN FERRO-CARRIL.

FERVOR.

Spiritu ferventes: Domino servientes.
Sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quién servís.

(ROM. XII. 11.)

El hombre dado al pecado por el desconcierto de la naturaleza, casi no encuentra en sí más que principios de error y causa de corrupción; la justicia y la verdad que, en un principio, vinieron al mundo con nosotros, nos son ya como ajenas; todas nuestras inclinaciones, rebeldes á la ley de Dios, nos arrastran, como á despecho de nosotros, hácia los objetos ilícitos; de modo, que para ordenarlas, y someter nuestro corazón á la ley, es necesario que continuamente hagamos resistencia á las impresiones de los sentidos; que violentemos nuestras más vivas inclinaciones, y que estemos siempre alerta contra nosotros mismos. No hay obligación alguna que no nos cueste trabajo; no hay precepto alguno en la ley que no se oponga á alguna de nuestras inclinaciones; no hay en el camino de Dios paso alguno á que no tenga repugnancia nuestro corazón.

A esta interior corrupción, que hace tan difícil el cumplimiento de nuestras obligaciones, podeis añadir los lazos que se nos tienden en todas direcciones, los malos ejemplos que nos llevan tras sí, los objetos que nos acobardan, las ocasiones que nos engañan, las complacencias que nos debilitan, las aflicciones que nos desalientan, las prosperidades que nos corrompen, las circunstancias que nos ciegan, las atenciones del mundo que nos molestan, las contradicciones que

nos ponen á prueba, y todo cuanto nos rodea nos sirve de una continua tentacion. En un estado tan miserable, ¿qué puede hacer aún el hombre más justo, si se abandona á su propia flaqueza, y á todos los lazos que le rodean, llevando en su corazon la raiz de todos los desórdenes, y en su espíritu el principio de toda ilusion? Solo la gracia divina puede librnarnos de tantas miserias. Es preciso, pues, que trabajemos para merecer la conservacion y el aumento de la gracia. Ahora bien; el fervor en el servicio de Dios es uno de los principales medios y de las mejores disposiciones que podemos emplear de nuestra parte, para que Dios nos colme de gracias y dones. Por esto nos dice el Apóstol, que no seamos débiles en cumplir nuestros deberes, sino fervorosos de espíritu; y ved aquí porque me propongo hablaros del fervor en este discurso, demostrándoos, que, por este medio, podemos alcanzar los auxilios especiales que necesitamos para perseverar en la virtud; y que sin el fervor, las pasiones que nos arrastran hácia el vicio, se avivan de tal suerte, que llegan á sernos inútiles hasta los socorros exteriores de la piedad. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios, cuyos designios para con nosotros son inspirados por la equidad y la sabiduría, distribuye con orden sus dones y sus gracias; se comunica con más abundancia al alma que con más fidelidad le dispone los caminos en su corazon; dá más continuas señales de su proteccion y de sus misericordias al justo, que se las está dando continuas de su amor y de su fidelidad; y recompensa al siervo que sabe negociar con su talento, á proporcion del uso que de él ha hecho. Por el contrario, el alma libre é infiel, que le sirve con negligencia y disgusto, le halla tibio y disgustado; las obras que presenta á su vista le fastidian: por eso la arroja de su boca, segun la expresion del Espíritu Santo, con aquel disgusto y náusea con que se arroja una bebida tibia y fastidiosa; y en pena de su tibieza, la priva de la gracia de proteccion. Si nosotros, por falta de fervor, nos retiramos del Señor, él se retirará de nosotros; nuestro fervor es la medida de lo que él hace para ampararnos. Expliquemos las consecuencias de esta verdad: ellas nos demostrarán la necesidad del fervor en el servicio de Dios.

La primera es, que el estado de tibieza ó falta de fervor aparta del alma las gracias de proteccion, y por consiguiente, el alma que no tiene fervor, queda abandonada á su propia flaqueza. Es verdad, que con los socorros comunes que la quedan, aún puede conservar la fidelidad que debe á su Dios, porque son suficientes para poderla mantener en el bien, pero su tibieza no la permite usar de ellos; es decir,

que aún tiene los auxilios suficientes para poder perseverar, pero no aquellos con que infaliblemente se persevera; y así no hay riesgo que no haga una peligrosa impresion en esta alma, y que no la acerque á la caida.

La segunda consecuencia, que también se infiere de negársele al alma tibia las gracias de la proteccion, es, que el yugo de Jesucristo viene á ser para ella un yugo duro, pesado é insufrible. Porque, amados oyentes, habiendo perdido por el desorden de nuestra naturaleza el gusto á la justicia y á la verdad, en el que consistian las mayores delicias del hombre inocente, ya no tenemos ansia ni deseo sino de los objetos de los sentidos y de las pasiones. Las obligaciones de la ley, que continuamente nos están avisando, que nos apartemos de los sentidos por seguir el espíritu, y que nos hacen sacrificar las impresiones de los presentes placeres á la esperanza de las futuras promesas; estas obligaciones, vuelvo á decir, cansan muy presto á nuestra flaqueza, porque son unos esfuerzos continuos contra nosotros mismos; y así, es preciso, que la suavidad de la gracia aligere este yugo, que derrame secretos consuelos sobre su amargura, y que mude la tristeza de las obligaciones en una alegría santa y sensible.

Pero el alma tibia, privada de esta suavidad, sólo siente la pesadez del yugo, sin experimentar los consuelos que le suavizan. No gusta sino la amargura del cáliz de Jesucristo. Por eso, os son insípidas todas las obligaciones de la piedad, y molestos todos sus ejercicios. Sentís todo el peso de aquellas obligaciones, á las que no os permiten que seais infieles las reliquias de fé y de amor al sosiego interior, que aún se hallan en vosotros; y no sentís el secreto testimonio de la conciencia, que le suaviza, y que conforta el alma fervorosa.

Pero este estado de violencia no puede durar; una virtud, que no calma el corazon, que no consuela al entendimiento y que no contenta al amor propio, presto cansa; el yugo, que pesa y que no se lleva con amor sino por algun motivo humano, presto se sacude. Un corazon vivo, fogoso y extremado, como el que tienen la mayor parte de los hombres, no puede fijarse sino con el gusto de los afectos; y el que siempre se siente privado de gusto para la virtud, ya ofrece un corazon dispuesto á rendirse á los atractivos del vicio. Bien sé que hay algunas almas tibias, que, al parecer, se mantienen en este estado de equilibrio y de insensibilidad; que no muestran ansia ni por el mundo ni por la virtud; que en medio de los placeres del mundo conservan una circunspeccion y una regularidad que aún dá señales de virtud; y entre las obligaciones de la religion una pereza y una relajacion, que está respirando el aire de las máximas del mundo; pero también

sé, que esta pereza de corazón solamente nos defiende de aquellos delitos que cuestan trabajo; solo nos aparta de ciertos placeres que nos sería preciso comprar á costa de nuestro sosiego, y así basta el amor al descanso para apartarnos de ellos. Esta pereza solamente nos hace virtuosos al parecer de los hombres, porque éstos la confunden con la piedad, que huye del vicio; pero no nos defiende contra nosotros mismos, contra mil deseos ilícitos, contra mil complacencias culpables, contra mil pasiones más secretas y ménos penosas, porque están encerradas en el corazón.

También sé, que el gusto de la piedad y aquel interior consuelo que suaviza la práctica de las obligaciones es un don, que muchas veces se niega aún á las almas más fervorosas; pero hay dos diferencias esenciales, entre el alma fervorosa á quien el Señor niega los consuelos sensibles de la piedad, y el alma tibia que siente la pesadez del yugo y no puede hallar gusto en las cosas de Dios. La primera consiste, en que el alma fervorosa, en medio de sus disgustos, á lo ménos tiene una conciencia que no la arguye de culpa; pero el alma tibia, permitiéndose, aún contra el testimonio de su propio corazón, mil diarias transgresiones, siempre tiene inquieta y dudosa la conciencia, porque no está fortalecida, ni con el gusto de las obligaciones, ni con la paz y testimonio de la conciencia; y este estado de inquietud y de molestia viene muy presto á parar en la funesta paz de la culpa. La otra diferencia consiste, en que no siendo los disgustos del alma fervorosa más que pruebas de que se sirve Dios para purificarla, suple los sensibles consuelos de la piedad, que la niega, con otros mil medios equivalentes, con una protección más poderosa, con un misericordioso cuidado de apartar de ella todos los peligros que la pudieran engañar, y con más abundantes socorros de la gracia; porque el Señor no intenta perderla ni desanimarla, solamente quiere probarla; pero los disgustos del alma, que no tiene fervor, no son pruebas, sino castigos; el Señor no es para ella un Dios misericordioso, que suspende los consuelos sin suspender la gracia, sino un Dios severo, que se venga y se retira. El fervor, pues, nos es necesario para que Dios nos conceda las gracias de protección, sin las cuales pierde nuestra fé toda su fuerza y el yugo de Jesucristo todos sus consuelos, quedando en un estado de desfallecimiento y de miseria, en el que, para que nuestra inocencia quede vencida, basta que tenga la desgracia de ser tentada. Voy ahora á demostraros, que también nos es necesario para que no se fortifiquen nuestras pasiones.

2. El ser tan necesaria la vigilancia para la piedad cristiana consiste, en que todas las pasiones que en nosotros se oponen á la ley de

Dios, solamente mueren con nosotros, por decirlo así; por más que las debilemos con los socorros de la gracia y de una fé fervorosa, las inclinaciones y la raíz quedan siempre en el corazón: siempre llevamos dentro de nosotros los principios de los mismos desórdenes que borrarán nuestras lágrimas. Es verdad, que se nos dá la gracia de Jesucristo para reprimir aquellas corrompidas inclinaciones, que sobreviven á nuestra conversión; pero como en el estado de tibieza, conforme acabais de oír, casi no nos dá la gracia, sino auxilios generales, y como se suspenden, ó á lo ménos, son más raras las gracias de protección, por habernos hecho indignos de ellas, necesariamente se ha de seguir, que las pasiones han de adquirir mayor fuerza. Pero no solamente se fortifican las pasiones en el estado de tibieza, porque en él son más raras las gracias de protección que las debilitan, sino también por razón de este estado, considerado en sí mismo; porque, no siendo la vida tibia más que una continua condescendencia con todas nuestras pasiones, una cobarde facilidad en concederlas siempre, hasta cierto punto, todo lo que las lisonjea, se sigue, que en este estado cada día deben adquirir nuevas fuerzas.

Y á la verdad, es locura el persuadirse á que, no condescendiendo con nuestras pasiones más que hasta ciertos límites permitidos, las contentamos, por decirlo así, y las concedemos lo suficiente para satisfacerlas, sin que por esto puedan manchar nuestra alma, ni introducir en nuestras conciencias graves turbaciones y remordimientos. Este es el plan que se forma el alma tibia, favorable á su tibieza, porque procura evitar igualmente todo lo que es penoso en la culpa y en la virtud; niega á las pasiones todo lo que podría turbar su conciencia, y á la virtud, lo que molestaria y mortificaría demasiado al amor propio. Pero este estado de equilibrio é igualdad es quimérico. Las pasiones, que no conocen límites en la culpa, ¿cómo podrán contenerse dentro de la tibieza? Si no pueden satisfacerlas y fijarlas los excesos, ¿cómo podrán las simples condescendencias?

Las pasiones, con quienes se usa de condescendencia, son como aquellos leoncillos, dice un profeta, que se crían domésticamente y sin precaución, llegan á crecer, y hacen pedazos la indiscreta mano que los ayudó á hacerse fuertes y temibles. ¿No nos estais diciendo continuamente vosotros mismos, que teneis las mejores intenciones del mundo; que teneis verdaderos deseos de salvaros; pero que se ofrecen mil ocasiones en la vida, en que os olvidais de vuestras buenas resoluciones, y que era menester ser un santo para no dejarse arrastrar de ellas? Pues eso es justamente lo mismo que nosotros os decimos; que no obstante esas buenas resoluciones, que nos ponderais, si no

orais con fervor, habrá mil ocasiones en que no sereis dueños de vuestra flaqueza: os decimos, que solamente una vida fervorosa puede defendernos contra las tentaciones y peligros; en una palabra, que es necesario ser muy fervorosos y santos para vivir libres de culpas graves.

Y no os parezca que es ponderacion el decir, que es necesario ser santos, pues aún las almas más fervorosas se hallan, algunas veces, en circunstancias tan terribles, que su corazon se rebela, y su imaginacion se turba y desordena; se ven entre aquellas tristes inquietudes en que están fluctuando mucho tiempo, entre la vida, la muerte y la victoria; y en las que, semejantes á una nave, que se defiende contra las olas en medio de un mar agitado y borrascoso, solamente esperan su seguridad de aquel que manda á los vientos y á las olas; ¿y que-reis vosotros, que con un corazon tibio, y ya medio engañado, con unas inclinaciones muy próximas á la culpa, se defiendan vuestra flaqueza contra las ocasiones, y que las tentaciones más violentas os hallen siempre tranquilos é inaccesibles? Desengañémonos: para librar-nos de la culpa, tenemos necesidad de más socorros que los que se hallan en el estado de tibieza; y el fervor es el grande medio de conservar la inocencia.

Otra reflexion. Fortificándose más las pasiones cada dia en el estado de tibieza, no solamente halla en nosotros la obligacion dificultades invencibles, sino que tambien se allana el camino para la culpa, por decirlo así, y no sentimos más repugnancia en ella que en una falta leve. Y á la verdad, con estas continuas infidelidades, inseparables de la tibieza, llega por último el corazon, como por otros tantos grados, é insensiblemente, hasta aquellos peligrosos límites, que solamente separan con un punto la vida de la muerte, la culpa de la inocencia, y se facilita el último paso para la caída, casi sin conocerlo: como le faltaba poco camino que andar, y no tuvo que hacer nuevos esfuerzos para pasar adelante, le parece que no ha traspasado los antiguos límites; tenia en sí unas disposiciones tan próximas á la culpa, que llegó á producir la iniquidad sin dolor, sin repugnancia, sin señal alguna sensible, y aún sin conocerlo él mismo.

Finalmente, la última reflexion que se puede hacer acerca de esta verdad es, que nuestro corazon es de tal naturaleza, que siempre hace mucho menos de lo que se proponia. ¿Cuántas veces hemos formado resoluciones santas, y hemos determinado llegar hasta tal punto con nuestras obligaciones y modo de vida? Pero nunca ha correspondido la ejecucion al fervor de nuestras promesas, ni hemos llegado á aquel grado que nos habíamos propuesto; y así, una alma tibia, que el más alto punto de virtud que se propone es el evitar la culpa, que pone la

mira precisamente en el precepto, esto es, en el término preciso y riguroso de la ley, fuera del cual se halla inmediatamente la muerte y la prevaricacion, infaliblemente quedará muy atrás, sin llegar á aquel punto esencial que se habia propuesto.

Á estas razones se puede añadir otra, sacada de los socorros exteriores de la religion, necesarios para mantener la piedad, los que son inútiles para el alma tibia. Los sacramentos, no solamente no la son de utilidad alguna, sino que aún le son peligrosos, por la tibieza con que los recibe; no la sirven de socorros, sino que son para ella unos remedios comunes y sin vigor, si es lícito decirlo así, que entretienen su desfallecimiento, pero que no le curan: son la vianda de los fuertes, que acaban de arruinar un estómago flaco, en vez de restablecerle. La oracion, que es el canal de las gracias, alimento de un corazon fiel, dulzura de la piedad, asilo contra todos los combates del enemigo, clamor del alma amorosa, que hace que el Señor atienda á sus necesidades, no es para el alma tibia más que una ocupacion ociosa de un espíritu distraido, de un corazon seco y dividido entre mil extraños afectos: no halla en ella aquel gusto, aquel recogimiento, aquellos consuelos, que son fruto de una vida fervorosa y fiel. Finalmente, todas las obligaciones exteriores de la religion, que sostienen y avivan la piedad, no son para el alma tibia más que obras muertas é inanimadas, en que su corazon no halla consuelo, las que más hace por costumbre que por gusto y espíritu de devocion, y para las que no lleva más disposiciones que el enfado de haber de hacer todos los dias una misma cosa.

Y así, hallándose continuamente combatida y debilitada la gracia en esta alma, ó por los ejercicios de devocion de que abusa, ó por los objetos de los sentidos, que mantienen su corrupcion, ó por los de la religion, que alimentan sus disgustos, ó por los placeres, que la distraen, ó por las obligaciones, que la cansan, concurriendo todo á su ruina, sin haber nada que la defiendan; ¿qué suerte puede prometerse en este estado? Pues este es el estado del alma tibia; se halla entregada absolutamente á sí misma, sin haber cosa alguna que la sostenga; está llena de flaquezas y desmayos, sin tener con que confortarse; rodeada de molestias y disgustos, sin hallar alivio en cosa alguna; lo que para el alma fervorosa sirve de consuelo, no hace más que aumentar su congoja; lo que para otros sirve de aligerar el yugo, hace el suyo más pesado, y los socorros de la piedad no la sirven más que de cansancio ó de culpa. En este estado ¡oh Dios! casi abandonada el alma de vuestra gracia, cansada de vuestro yugo, tan disgustada de sí misma como de la virtud, debilitada con sus males y

con los remedios, y titubeando á cada paso, cualquiera vientecillo la derriba; ella misma se inclina á la caída, sin que la impela movimiento alguno extraño, y para hacerla caer basta el acometerla. Estas son las razones con que se prueba la infalibilidad de la caída en el estado de tibieza.

Levántate, dice un profeta, alma tibia y cobarde, rompe el fatal encanto que te adormece y que te ata á tu propia pereza. El Señor, á quien te parece que sirves, porque no le ultrajas á cara descubierta, no es Dios de los cobardes, sino de los fuertes: no es remunerador de la tibieza, sino del fervor; no corona sino á los que, despreciando las cosas perecederas, tienen un fervoroso deseo de los bienes que nunca se acaban, y que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FERVOR.—El respeto que tenemos cuando nos presentamos á Jesucristo, es un falso respeto cuando no va acompañado del fervor.

El fervor que tenemos cuando nos presentamos á Jesucristo, es más una temeridad que un fervor cuando no va acompañado del respeto.

FERVOR.—Es fervor que tenemos por el bien, el que nos pone en más íntimas relaciones con Jesucristo.

Es fervor que tenemos por el bien, el que nos hace dignos del celo que anima á Jesucristo para salvarnos.

Es fervor que tenemos por el bien, el que nos hace gozar de las delicias de la vida espiritual.

FERVOR.—La gracia difundida en nuestro corazón es el principio del fervor cristiano.

La gracia multiplicada por las buenas obras conserva y acrecienta el fervor cristiano.

La gracia que nos dá la victoria sobre nuestras pasiones es el premio del fervor cristiano.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Factus est in corde meo quasi ignis exestmans, claususque in ossibus meis. Jerem. xx, 9. | Sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos.

Maledictus qui facit opus Dei fraudulenter. Idem, xlviij, 10. | Maldito aquel que ejecuta de mala fé la obra del Señor.

Maledictus dolosus, qui immolat debile Domino. Malach. i, 14. | Maldito el hombre fraudulento... que inmola al Señor una víctima defectuosa.

Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam. Matth. v, 6. | Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Sollicitudine non pigri, spiritu ferventes, Domino serviendes. Rom. xii, 11. | No seáis flojos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís.

Hora est jam nos de somno surgere. Rom. xiii, 11. | Ya es hora de despertarnos de nuestro letargo.

Bonum facientes, non deficiamus. Galat. vi, 9. | No nos cansemos pues de hacer bien.

Quæ retro sunt obliviscens, ad ea vero, quæ sunt priora, extendens meipsum, ad destinatum prosequor, ad bravium supernæ vocationis Dei in Christo Jesu. Philipp. iii, 13. | Olvidando las cosas de atrás, y atendiendo solo y mirando á las de delante, ir corriendo hácia el hito, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo.

Habeo adversum te, quod charitatem tuam primam reliquisti. Apocal. ii, 4. | Vengo contra tí que has perdido el fervor de tu primera caridad.

Utinam frigidus esses, aut calidus: sed quia tepidus es, incipiam te vomere ex ore meo. Ibid. iii, 15, 16. | ¡Ojalá fueras frío ó caliente!... mas por cuanto eres tibio, estoy para vomitarte de mi boca.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Refiere la historia sagrada que, cuando los israelitas, de regreso de su cautiverio en Persia, fueron á buscar el fuego sagrado, que los sacerdotes habian escondido en un pozo seco, no encontraron dicho fuego, sino una agua grasiada con la cual rociaron la leña y las víctimas para el sacrificio; y así que el sol dió con sus rayos sobre la leña, se encendió un gran fuego, que consumió la leña y las víctimas (II MACHAB. 1). Ved aquí un símbolo de las almas justas, las cuales, secas y frias, al parecer, en el tiempo de la tentación, apenas reaparece la calma, cualquier rayo de luz divina, cualquiera movimiento ó

impulso de la gracia basta para excitar en ellas el fervor que les daba animacion y vida.

Cuando el pueblo de Israel volvió á la tierra de promision, despues de un largo cautiverio, al ver que sus enemigos le impedian la reedificacion del templo, resolvieron activar la obra provistos de todos los medios de defensa; y por esto dice el sagrado texto, que: *unusquisque una manu faciebat opus, et altera tenebat gladium* (II Esdr. 4). Viva imágen de lo que debemos á Dios en su santo servicio. Destinados á la posesion de la pátria celestial, y acechados por nuestros enemigos, debemos, por una parte, ejercitarnos en las virtudes, y por otra, defendernos de los ataques del mundo, demonio y carne, que continuamente se oponen á nuestra salvacion.

La conducta que guardó Jacob con su tio Labán para obtener la mano de Raquel, es un ejemplo del fervor que nosotros debemos mostrar en el servicio de Dios. De aquel patriarca nos dice la Escritura, que todos los trabajos, todo el tiempo, todas las penas, nada le parecian en comparacion de aquella esposa que habia robado su corazon, y hasta le parecieron pocos dias los catorce años que debió servir para obtenerla (GENES. XXIX). ¿Cuánto más fervor hemos de tener nosotros en sufrir todos los trabajos de esta vida, al pensar en la felicidad que se nos promete, y que es el mismo Dios?

Véase el fervor de S. Pedro (MATTH. XVI, ET ALIBI), el de la Magdalena (JOAN. XX), el de Zaqueo (LUC. XXIX), el de S. Pablo en su conversion (ACTOR. IX).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Fervorem esse existimo cupiditatem vehementem, stabilem, constantem, placendi Deo in omnibus. S. Basil. in reg. Minor.

Promptitudine nobis opus est, ardore multo, animo ad mortem exposito, alioquin non licet cruci confixum regem assequi. S, Crys. Hom. 31 ad Pop.

Quantumcumque hic vixerimus, quantumcumque hic profecerimus, nemo dicat: sufficit

Digo que el fervor consiste en un deseo vehemente, estable y constante de agradar á Dios en todo.

Debemos ser prontos, muy fervorosos y resueltos á arrostrar la misma muerte, si queremos conquistar al Rey crucificado.

Por años que vivamos, por más que nos elevemos á una perfeccion muy sublime, nadie diga:

mihi, justus sum; ubi enim dixerit, sufficit, ibi hæsit. S. Aug. in Psalm. 69.

Magna operatur amor; si renuit operari, amor non est. S. Gregor.

Quo amplius quisque vite cælestis dulcedinem degustat, eo amplius fastidit omnia que placebant in infimis. S. Beda, hom. de transf.

Non numero, nec laborum magnitudini Deus mercedem reddit, sed alacri proposito, atque ferventissimæ voluntati. S. Joann. Clim. præf. in scal.

Ignis et tepiditas non in uno domicilio commorantur, præsertim cum tepiditas ipse Domino soleat vomitum provocare. S. Bernard. serm. 3 de Ascens. Domini.

Explevit tempora multa, non quidem annorum numero, sed mentis devotione inextinguibili proficiendi. S. Bern. serm. 3 de Ascens. Domini.

esto me basta, ya soy bastante perfecto: porque cuando el hombre dice: basta; retrocede.

El amor obra grandes cosas; pero no es amor cuando no quiere obrar.

Cuanto más prueba el hombre la dulzura de la vida celestial, tanto más fastidio le causan las cosas terrenas que ántes le halagaban.

Dios no dá el premio segun el número y la importancia de nuestros trabajos, sino segun la buena intencion y fervorosa voluntad con que los hemos hecho.

El fervor y la tibieza no pueden morar juntos en un mismo corazon, principalmente porque la tibieza es en alto grado ofensiva á Dios.

Llenó la carrera de una larga vida (el justo), no por sus muchos años, sino por el constante fervor y deseo de santificarse.

Véase: TIBIEZA y FIDELIDAD.

FESTINES Ó CONVITES, véase: HIDRÓPICO DEL EVANGELIO.